



¿Quién custodia a los custodios de la ética?

*Diony Alvarado Pinto**

Resumen

La presente reflexión tiene como finalidad presentar un panorama general sobre el control ético ejercido por el pensamiento moderno sobre la sociedad bajo la óptica de la crítica posmoderna. Con un énfasis propedéutico, expone la paradoja que la modernidad trajo consigo al tiempo que condenaba de la fe religiosa, el culto a la razón todopoderosa. En este sentido, los custodios de la ética como guardianes de la sabiduría y del poder necesario para ejercerla, eran los indicados para imponer una moral ajena a los sentimientos de las personas; una ética codificada. De allí surge el deber para los débiles de los poderosos, quienes estaban llamados a guiar el camino a la perfección de la sociedad entera. En conclusión, la posmodernidad demostró el caos oculto en tales pretensiones, configurando una nueva realidad que se sincera con los deseos y las emociones humanas, en medio de la incertidumbre de los nuevos tiempos.

Palabras clave: Moral, posmodernidad, ética, modernidad, emoción.

Recibido: 11-05-10/ Aceptado: 04-05-11

* Universidad de Carabobo. Valencia, Venezuela. E-mail: diony_alvarado@hotmail.com

Who Watches Over the Custodians of Ethics?

Abstract

The purpose of this reflection is to present an overview of the ethical control exercised by modern thought on society from the viewpoint of postmodern critique. With a preparatory emphasis, this study explains the paradox that modernity brought with it, rendering cult to almighty reason while condemning religious beliefs. In this sense, the guardians of ethics as guardians of wisdom and the power needed to exercise it, were indicated to impose a morality alien to the feelings of people, a codified ethic. From this, the duty to care for the weak arose for the powerful that were called to lead the way to the perfection of the entire society. In conclusion, postmodernity showed the chaos hidden in such pretensions, configuring a new reality that is honest about desires and human emotions in the midst of the uncertainty of new times.

Key words: Morality, postmodernity, ethics, modernity, emotion.

1. Contemplando los bosquejos que presenta la transición

Desde la mirada inquisitiva de Lipovestsky, un cielo enrojecido por el agotamiento de la luminosidad esclarecedora de la modernidad, constituye el escenario del descenso del otrora guía estelar de las almas humanas inspirado en el dios supremo de la razón: el deber. En su crepúsculo, el profetizado caos pronosticado por los intérpretes autorizados de la razón –después de nosotros la vacuidad–, se expresa en una incertidumbre que se autosustenta cual *perpetuum mobile*, desafiando las leyes –en este caso, no físicas sino racionales– de existir en medio del vacío, ya que el mundo no terminó con la modernidad, ni lo hará con la posmodernidad.

El mundo descrito por Lipovestsky desnuda a la ética del individualismo como distintiva de la época posmoderna. Dicha supremacía de la individualidad sólo es matizada por la tolerancia, una tolerancia manifestada a través de la indiferencia, por la no intervención del Yo en los asuntos del Otro; ya que el deber ha muerto, y sólo es permitido, cual vestigio atávico de bucólico recuerdo, a la ética minimalista, aquella que no interfiere en el libre desarrollo del individuo en sus particulares parcelas existenciales; en sus relaciones de libre intercambio de compromisos recíprocos privados, como si se tratase de una conversión espiritual análoga al sistema que proclama el retraimiento del Esta-

do, el cual debe minimizarse –o incluso desaparecer– en sus indebidas intervenciones en la esfera de los particulares.

En medio de la revolución posmoderna de la ética, la cual –como debe serlo– es contenciosa, muchos proclaman el debacle de lo ético, la sustitución de la estética por la ética, y la consiguiente emancipación última del hombre (Bauman, 1993:8). Su tránsito se remonta al otrora naciente mundo moderno, que proclamó su independencia de los dogmas de fe de la legislación divina; la razón humana se convirtió en la nueva piedra filosofal ambicionada por los nuevos candidatos a la iluminación y al poder que la misma ostentaba sobre los hombres. La nueva y única vía factible para la realización plena en el mundo moderno estaba centrada en la libertad, pero una libertad condicionada en la razón, que era atributo exclusivo de las personas que merecían ser libres –todos somos iguales, pero unos más iguales que otros–, y por tanto, dicha cualidad, sólo podía atesorarse en manos privilegiadas capaces a ser las albaceas de tan preciado bien. Esta condición afortunada le trajo a esos pocos elegidos a ser libres, el deber de tutelaje sobre aquellas personas desafortunadas que aún no habían vencido el umbral de la ignorancia, que en su ceguera podían incluso dañarse a sí mismas y a los otros, sin la intervención benevolente de un tutor que velara por el bienestar común; sólo esos nuevos alquimistas de la lógica podían descifrar los elementos constitutivos de validación de los conocimientos, y certificar los paradigmas por los cuales se debía encaminar la humanidad.

Estos oráculos modernos eran los máximos intérpretes de las revelaciones que benevolentemente proporcionaba la musa de la razón, por ello se convirtieron en los custodios de la ética, en sus guardianes más feroces, o como lo expresa Edgar Morin:

La razón del iluminismo del siglo XVIII parece por completo oponerse a la fe. Ahora bien, es en este momento que la razón se vuelve en sí misma un ídolo, la "diosa - razón", objeto de un culto instituido por Robespierre. El culto es el extremo revelador de esta tendencia de la razón a autodivinizar-se, al autoidolatrarse. La razón se dota, en este caso, de un sentido providencialista. Ella va a guiar a la humanidad, que una vez iluminada, va a alcanzar la sabiduría (Morin, 2007: 167).

2. La vocación de conquista totalizadora de la ética moderna

Filósofos y Legisladores monopolizaron la codificación moral y la manera de cómo debían vivir los hombres (Bauman, 1993). En su afán de universalizar, los guardianes de la ética moderna se fijaron metas irrealizables con la esperanza de alcanzar las más realizables; construyendo un barco que se enfrentaba a la mar entre turbulentas olas, con un timón guiado por manos firmes –y ra-

cionales– en contra del rebelde viento, con la esperanza de llegar más allá del horizonte infinitivo, donde se pronosticaban aguas más tranquilas, y donde la lucha inagotable entre el viento y el mar era inexistente. La modernidad prometía el fin del conflicto, la era de la certidumbre, la liberación definitiva del hombre de sus demonios internos; la transformación de lo infinito y caótico en finito y ordenado, la nueva alquimia de conversión del plomo en oro, allí residía el poder de la razón moderna.

Se debía confiar en los sabios, que eran también poderosos y piadosos. Los débiles estaban condenados a la eterna sospecha; al peligro de ser seducidos por sus bajos instintos en medio de la vulgar ignorancia. Ante esta realidad moderna inobjetable, se hizo necesario asegurar de abundantes recursos a los ricos, porque en sus sabias manos serían utilizados para el bien, y limitar los recursos a los pobres, por el peligro de que hagan el mal (Bauman, 1993); en ambos casos se aseguraba el orden racional de la moral moderna.

A la indeseada aporía nacida del sempiterno conflicto entre la natural rebeldía emancipadora del hombre a las normas opresoras, y la “necesaria” visión totalizante y totalizadora de los guardianes del bien común, la modernidad prometía solucionarla; pretendía la conversión de la humanidad al nuevo clero aconfesional. La universalidad de las leyes de los legisladores y la universalidad de las reglas éticas de los filósofos convergen, cooperan mutuamente, por un alto propósito en común; eliminar la aporía en el lento pero necesario camino a la perfección. El deber ético heterónomo lucha por sustituir una responsabilidad moral autónoma.

La existencia de más de un concepto de moralidad universal, y la posibilidad de que alguna de ellas finalmente predominara sobre las otras, era inversamente proporcional a la fuerza de los poderes que afirmaban tener el derecho de articularla. En virtud de esa nefasta ecuación, se cometieron los peores crímenes de la humanidad contra la humanidad –y aun se cometen– en nombre de la libertad; en la búsqueda de la supremacía de las moralidades superiores sobre las inferiores. Los genocidios no eran garantía de una lección moral que contribuiría al progreso moral de los hombres; la primera guerra mundial no fue una garantía para evitar la segunda, siendo la bomba atómica y no la ética la que evitó la tercera; igualmente Vietnam no fue un obstáculo para evitar Irak. Se hace por tanto necesario estar derrotado para ser acusado de inmoralidad, la justicia de los vencedores –y guardianes de la ética– prevalece, según Lanz Rigoberto:

Los progresos acumulados desde los tiempos de la esclavitud a nuestros días corren parejos con el sofisticado desarrollo de nuevas formas de control y disciplinamiento en las que las prótesis tecnológicas –léase armas– emblemizan netamente el límite entre la vida y la muerte (Lanz, 2006:10).

La vinculación proporcional entre la superioridad moral del orden y la superioridad material de sus guardianes, convierte a dicho orden es inestable en sí mismo. La pugna entre los ostentadores del poder y los aspirantes al mismo, genera una inestabilidad velada, que pone en duda el progreso moral del hombre como simple acumulación predecible y determinada en la historia. Igualmente el mismo autor antes citado, expone:

El terreno ganado a la barbarie de la esclavitud, por ejemplo, no significa en absoluto la desaparición de otras *modulaciones* de degradación humana encubiertas bajo el ardid de la *democracia*. Las monstruosidades de las *cruzadas* o la vileza del *nazismo* son engendros históricos de esta misma humanidad, son experiencias que han portado durante mucho el estatus de normalidad que revela la calaña ética de sus mentores, y por desgracia, también de sus víctimas (Lanz, 2006:11).

El pensamiento y la práctica moral de la modernidad estaban guiados por la seductora posibilidad de un código ético que venciera la ambivalencia. Pero el código ético universal e infalible estaba condenado al fracaso, ya que el ser humano no es esencialmente bueno ni esencialmente malo, es ambivalente en términos morales; una sociedad perfecta no es una posibilidad viable, y los intentos por demostrar lo contrario no sólo resultan en más crueldad, sino es menos moralidad (Bauman, 1993:16). Por ello, contrario a lo propugnado por los custodios de la ética moderna, el fenómeno moral es esencialmente irracional, derivado de un impulso previo a cualquier balance racional o construcción lógica, que se enmarca en su aporética contradicción de sacrificar algo para que algo más prevalezca, constituyendo la primera realidad del ser, y la única que realmente se podría llamar moralidad.

Cuando los custodios de la ética y la sabiduría moderna querían acallar al indeseable impulso moral, lo median, lo pesaban, lo adjetivizaban dentro de los patrones de categorización, y lo desechaban por inestable dentro de los parámetros racionales, y lo sustituían por el deber prefabricado, surgido de la ética heterónoma, olvidando en el camino la esencia moral originaria. En el 600 AC Lao Tse expresó:

Cuando se abandona el Tao aparecen la bondad y la justicia. Con la inteligencia y la astucia surgen los grandes hipócritas. Cuando no existe armonía entre los seis parientes, se necesita la piedad filial y el amor paternal. Cuando hay revueltas en el reino, se inventa la fidelidad del buen súbdito (Tse, 1976:02).

3. La ética inmersa en la incertidumbre posmoderna

El cuestionamiento al confiable faro de la racionalidad moderna que trajo la posmodernidad, dejó a la deriva a los hombres en el inmenso mar de

la incertidumbre moral; ya no había cantos de sirenas que indicaran un camino cierto –aunque finalmente fuese mortal–, o un férreo capitán a quien deberle lealtad bajo la inspiración de su severidad, incluso en los momentos en los cuales se requería arrojar por la borda a los dilatantes en nombre de la protección de todos. La oferta de certidumbre moderna disminuía y no compensaba la voluminosa demanda de seguridad en el tránsito a la realidad posmoderna; ya no había brújula universal para contrarrestar la ansiedad de navegar entre las sombras. El cuerpo humano comenzaba a crear resistencia ante el psicotrópico encubierto de medicina milagrosa que disfrazaba los síntomas de una patología incurable: la incertidumbre. Ahora se quería sabiduría pero se desconfiaba de ella –o de quienes decían ostentarla–. En tal sentido “nunca hubo tanto poder con tan poca guía para usarlo” (Hans J. citado por Bauman, 2005:24).

De la lucha por la autoridad moral heterónoma en medio del cuestionamiento a su real capacidad de garantizar seguridad ante la ambigüedad moral y amplia libertad de elección que traía la posmodernidad, era de prever desasosiego ante el fantasma inclemente del miedo a la responsabilidad individual, ya que: “en nuestro esfuerzo por escapar de la soledad y la impotencia, estamos dispuestos a deshacernos de nuestro yo individual, y sea por sumisión a nuevas formas de autoridad o adaptándonos compulsivamente a los patrones establecidos” (Erich Fromm, 1989:116).

La épica aventura moderna de los legisladores y sabios de crear individuos universalmente morales bajo una libertad diferida al encuentro de una tierra prometida, sucumbió en las aguas del eterno conflicto sin solución vislumbrado en la posmodernidad; los dilemas morales jamás desaparecerán o tendrán soluciones claramente buenas, la complejidad del mundo así lo reclama. La llamada crisis ética de la posmodernidad no era otra cosa que la crisis ética de la modernidad, siendo la posmodernidad una modernidad sin ilusiones, y la modernidad una posmodernidad que se niega a aceptar su propia verdad (Bauman, 1993).

Del caos tormentoso que con furia inusitada se abalanza sobre los marineros sin capitán y sin rumbo fijo, se obtendrá la oportunidad de sincerar el hombre con el hombre, en medio de la humildad que acompaña a los desafortunados abandonados a la deriva. Reconocer esa parte humana del impulso moral que no se pudo legislar, dará nuevos aires para navegar en esas aguas traicioneras, donde impera el temor para el extraviado: “Yo creo que se puede construir sentido a partir de la idea de la perdición (...) El evangelio dice: “Seamos todos hermanos porque nosotros todos seremos salvados”, yo digo, “Seamos todos hermanos porque nosotros estamos todos perdidos” (Morin, 2007:167).

4. La ética indolora encara a la moral de los pueblos

La socialización se dirige a establecer identidades en su estructura ordenada e impoluta, la libertad del hombre se limita a escoger entre las identidades definidas. El rostro del *otro* desaparece y queda una *mascara* con la cual entendernos y vivir *con el otro* (Bauman, 1993). La ética contractual de los convencionalismos sociales adopta múltiples formas –algunas más sutiles que otras–, pero siempre en el marco de la reciprocidad racional divorciada del impulso moral. Por ejemplo, cuando obsequiamos algo con la esperanza consciente o inconsciente de obtener un equivalente futuro –para compensar la pérdida patrimonial– se espera del otro reciprocidad, o en caso contrario una recompensa indirecta de origen social –reconocimiento– o sobrenatural –milagros futuros o créditos para alcanzar el cielo– que *justifique* el desembolso; o como expresó ese gran exponente de la utilidad última de los actos y su debida reciprocidad, Nicolás Maquiavelo:

Un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como son perversos, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos (Maquiavelo, 1992:13).

El deber se convirtió en el arma correctora contra la espontaneidad e inestabilidad del sentimiento llamado amor; la modernidad sustituye ese irracional sentimiento por el deber, mucho más confiable, mucho más preciso, mucho más acorde con la certidumbre que se pretende alcanzar. El deber se convierte en un corazón artificial diseñado para perdurar en el tiempo, o en otras palabras “*el deber es el simulacro del amor*” (Alberoni y Veca citados por Bauman, 2005:115).

Kant intentó convertir en universal las reglas éticas partiendo del sujeto y su capacidad racional, obviando en su imperativo categórico el valor primigenio del impulso esencialmente irracional que precede a todo acto moral. Nuevamente la heteronomía se hace presente en los postulados de racionalidad que deben justificar el acto moral, cual Señor Spock indicando las bondades de la lógica vulcana al Dr. McCoy. La sociedad no crea la moralidad –la primigenia–, no somos morales gracias a ella, somos éticos o cumplidores de la Ley gracias a ella. Lo que llamamos ética, conforme lo afirma Jean Fourastié, no es otra cosa que la *moral de los sabios*, que se diferencia de la *moral de los pueblos*, en que ésta última implica una moral de sacrificio, una moral sin promesa de recompensa o amenaza de castigo, una moral nacida de la intuición, de las emociones y los sentimientos.

Pero esa visión de la responsabilidad infinita y la moral del sacrificio, contrasta con otra realidad posmoderna descrita por Lipovesky, la de la ética indo-

lora, la de la sociedad posmoralista, la cual: "repudia la retórica del deber austero, integral, maniqueo y, paralelamente, corona los derechos individuales a la autonomía, al deseo, a la felicidad" (Lipovetsky, 1992:13).

Cuando el deber comienza su larga agonía en la posmodernidad, la misma no se constituye como el fin de las virtudes, sino el comienzo del proceso desorganizado que remueve las viejas estructuras y organiza las nuevas normas éticas en sí mismas individualistas: "La posmodernidad es un caos organizador" (Lipovetsky, 1992:15).

Pero incluso el llamado individualismo posmoderno posee necesariamente dos vertientes; el individualismo responsable y el individualismo irresponsable. La sociedad posmoderna: "no conduce a Mad Max, frente al cinismo y a la irresponsabilidad, las fuerzas del individualismo responsable aún no ha dicho su última palabra, como testimonia el coletazo ético contemporáneo" (Lipovetsky, 1992:15).

En la era posmoralista según Lipovetsky, se debe combatir el anacronismo de viejas añoranzas que pretendan revivir el deber máximo o la ética dolorosa, ya que se debe avanzar en priorizar el respeto al hombre, dejar en evidencia las manipulaciones del moralismo, incentivar las éticas inteligentes tanto en la empresa como en la relación con el entorno (Lipovetsky, 1992:19). No obstante, la ética inteligente y eficiente es controvertida, según Jesús Puerta (2007):

La sociología como plano de la discusión ética (...) está recortado por intereses de manipulación y dominación y por valores de eficiencia y eficacia, propios de una ética utilitaria y egoísta liberal (...) Se asiste así, efectivamente, a un cambio en la eticidad del capital, del simple egoísmo del homo economicus al narcisismo del yuppie (Puerta, 2007:07).

La entropía de las fuerzas destructoras que desorganizan y simultáneamente construyen y reorganizan, no es incoherencia, es complementariedad. Los elementos aparentemente contradictorios e irreconciliables se dan la mano en el mundo posmoderno en una hermandad inimaginable para los custodios de la sabiduría moderna. La razón sensible de Michele Maffesoli abraza fraternalmente a la intuición, en procura de la reconciliación con las emociones vivenciales tradicionalmente marginadas por la razón moderna. El pensamiento débil de Gianni Vattimo se enfrenta al embate de una lógica férrea dando libre curso a la interpretación, apoyando a los movimientos sociales transversales, al arte popular, a la visión mundial de las culturas; el pensamiento está con los débiles, con los perdedores de la historia. En este mundo posmoderno, lleno de contradicciones que se necesitan mutuamente, el impulso moral irracional y ambivalente recobra su fuerza ante los carceleros de la ética codificada.

En la modernidad, la armonía de lo contradictorio y la complementariedad de los opuestos, se encontraban perdidos irremediablemente en lo absur-

do, relegados al ostracismo de antiguas visiones cósmicas que partían de la ignorancia del pasado, como el Yin Yang oriental, cuya empolvada comprensión del universo era irrelevante al no calificar como producto de la precisa cognición del mundo, agrega Lao Tse (1976) que:

El ser y el no-ser se engendran mutuamente. Lo fácil y lo difícil se complementan. Lo largo y lo corto se forman el uno de otro. Lo alto y lo bajo se aproximan. El sonido y el tono armonizan entre sí. El antes y el después se suceden recíprocamente. Por eso, el sabio adopta la actitud de no-obrar y practica una en sin palabras. Todas las cosas aparecen sin su intervención. Nada usurpa ni nada rehúsa. Ni espera recompensa de sus obras, ni se atribuye la obra acabada, y por eso, su obra permanece con él (Lao Tse, 1976:10).

En la posmodernidad se vive un instante eterno y una aceptación consciente de lo efímero; la ética surgida en la era de las tribus es trágica. La creación vuelve a tomar importancia como elemento antropológico. La ética de la creación y el optativo categórico se manifiestan como parte esencial de la posmodernidad:

Un parámetro humano; una estructura antropológica esencial es la creación, es decir, la capacidad de ajustarse al entorno (...) El desenlace, según la observación de las jóvenes generaciones, es convertir su propia vida en obra de arte, la calidad de vida, lo cualitativo de la existencia; a partir de ahí podemos hablar de una ética de la creación como de una moral del trabajo. Así como la moral del trabajo fue lo que marcó de la modernidad, la ética de la creación pasa a ser la marca de la posmodernidad (Maffesoli, 2004:14).

5. Recorriendo los caminos en compañía pero sin custodios

En la praxis social contemporánea, resulta común cuestionar inquisitivamente la moralidad personal de los custodios del poder, pero pocas veces se cuestiona la moralidad del sistema que dicen promover. El retraimiento neoliberal del estado benefactor –que procuró encaminar lo económico hacia la responsabilidad moral–, insta vehementemente a quienes pueden pagar su propio bienestar a abandonar los beneficios colectivos de todos: “el bienestar se ha convertido en Dios y la publicidad su profeta” (Lipovetsky, 1992:53). En esa transformación de la moral en un bien económico con un *costo específico*, la misma se convierte en una pérdida que muchos no están dispuestos a pagar, o si lo están, es para liberarse de ella. La responsabilidad moral se convierte en un lujo, en algo que debe ser económicamente evaluado. Se podría presagiar un futuro incierto no sólo para los desafortunados que necesitan y requieren una sociedad responsable, sino en sus efectos a largo plazo sobre los *Yo mora-*

les *potenciales* que se ven imbuidos nuevamente en una codificación ética heterónoma, donde el *Ser para el Otro* se convierte en una cuestión de cálculos y números, porque: "Para ser buenos samaritanos necesitamos dinero; si no lo hay, no debemos preocuparnos por serlo" (Bauman, 1993:277).

No obstante, el futuro posmoderno se reclama incierto, su tránsito por el océano infinito poco tiene que ver con tierras prometidas o finales de libreto. Aun en las perspectivas más pesimistas, un mar de posibilidades se abre en ese trayecto sin rumbo. Y durante ese camino sin final, siempre quedará esa parte inseparable del hombre acompañándolo, ese impulso irracional e impredecible capaz de oponerse a la opinión unánime de los otros, cual sombra que escapa al campo visual de la racionalidad formal, pero que siempre estará ahí para liberar al Yo de los intentos salvadores de los custodios de la ética, convirtiéndolos en simples gestores del poder pero no de las almas, respondiendo de este modo la eterna interrogante: *¿Quis custodiet ipsos custodes?*

Referencias bibliográficas

- BAUMAN, Z. (2005) **Ética Posmoderna**. México: Siglo XXI Editores.
- DEL PERCIO, E. (2006) **La condición social: Consumo, poder y representación en el capitalismo tardío**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Altamira.
- FROMM, E. (1989) **El miedo a la Libertad**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.
- FUKUYAMA, F. (1992) **El fin de la historia y el último hombre**. Madrid, España: Editorial Alianza, S. A.
- GÓMEZ, E. (2005) **La Responsabilidad Moral de la Empresa Capitalista**. Venezuela: Plasarte C.A.
- GUEVARA, E. (1979) **El socialismo y el hombre nuevo**. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI Editores.
- KANT, I. (1984) **Crítica a la razón pura (1781)**. Buenos Aires, Argentina: Editorial Charcas.
- KUHN, T. (2004) **La estructura de las revoluciones científicas**. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- LANZ, R. (2007) **El discurso político de la posmodernidad**. Ediciones Faces UCV, Caracas, Venezuela.
- LIPOVESTSKY, G. (1994) **El crepúsculo del deber**. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- LYPOVESTSKI, G. (2003) **La era del vacío**. Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- MAFFESOLI, M. (2004) **El tiempo de las Tribus**. Transcripción de Conferencia, Universidad de Carabobo, Valencia, Venezuela.
- MAFFESOLÍ, M. (1997) **Elogio a la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo**. Barcelona: Editorial Paidós.
- MAQUIAVELO, N. (1992) **El Príncipe (1513)**. Madrid, España: Editorial Alianza, S.A.

MORIN, E. (2007) "La emergencia del sentido a partir del no-sentido". **Revista Convergencia**, México, No. 44, Mayo-Agosto. 157-171.

PUERTA, J. (2007) **¿Ética o Política en la Sociología de las Organizaciones?** Libro de Resúmenes INFACES, UC. Valencia, Venezuela.

ROMERO, A. (1992) **Ética del Trabajo un caso particular en Barquisimeto**. Barquisimeto-Estado Lara, Venezuela: Publicaciones UCLA.

TSE, L. (1976) **Tao Te King** (600 AC). Málaga, España: Editorial Sirio.